

dísimo si lo cultivara; sabes que jamás se queda en los términos medios; que en sus simpatías y aborrecimientos va hasta el furor, y que su desmedido orgullo suplente en él, como en otros muchos, las energías de la convicción para sostener cualquier idea. Te añadiré que de los amigos de Orozco, sin contar á Calderón y á mí, Federico es el que tiene más confianza en la casa, pues su amistad con Tomás data de larga fecha. Augusta se pelea con él, siempre que hay ocasión, contradiciéndole con cierto énfasis, buscándole las vueltas, y zahiriendo sin piedad sus quijotismos. El toma en serio los furros iconoclastas de su amiga, y ella los exagera para exaltarle. No sé el tiempo que duró aquella discusión deliciosa, en que mi prima se permitió decirle: «¡Pero qué tonto es usted...! Quiere hacernos creer que ha leído el poema del Cid. No tendría usted tan buen color.» Y él: «Sí: eso lo dice usted por afán de originalidad, y no niego que está usted monísima sosteniendo tales disparates...» Simpatizo cada día más con este pobre Viera; y si no me agrada tanto por bueno y leal, habría de gustarme por desgraciado. A propósito de él, tengo que contarte algo que te ha de interesar.

Abur, gagnápiro. Dios te libre de caer en el bando de los devorantes ó manteadores.

## XIV

20 de Diciembre.

La opinión que en tu carta me indicas respecto á mi prima no me parece ajustada á la verdad. ¿Se funda acaso en informes míos dados con ligereza y cuando no había hecho las convenientes observaciones? Pues me retracto, querido Equis; me trago todo lo escrito, y ahora, conociendo mejor cosas y personas, quiero quitarte de la cabeza esos juicios malévolos. Créelo: Agustina es buena; ama con firmísima ternura á su marido. Sus aspiraciones afectivas están colmadas, y nada revela en ella que padezca inquietudes del alma, ni curiosidades de esas comparables á las de los geógrafos navegantes que buscan mundos mejores que los conocidos. Noto en ella la tranquilidad del que está contento en su mundo y no indaga con ansiosa mirada lo que habrá más allá del horizonte. Ya estoy oyéndote decir: «Este tonto se viene cada día con una cantinela distinta... y lo peor es que pretende se le admitan todas estas ideas, variado fruto de su fecunda impresionabilidad.» Reconozco, señor maestro, que varío la tocata con demasiada frecuencia. Es que yo no me aferro á las opiniones, ni tengo la estúpida vanidad de la consecuencia de juicio. Observo lealmente, rectifico cuando hay que recti-

ficar, quito y pongo lo que me manda quitar y poner la realidad, descubriéndose por grados, y persigo la verdad objetiva, sacrificándole la subjetiva, que suele ser un falso ídolo fabricado por nuestro pensamiento para adorarse en efigie. Ríete de mí; pero acepta la versión que hoy te mando, que es la oficial, la verdadera. Que es honrada te digo, y si me lo niegas, hombre de poca fe, nos veremos las caras.

Y, sin embargo, Equis de mil demonios, heme aquí empecatado, heme aquí sin poder vencer la diabólica intención que en mí ha nacido, y que tras largas vacilaciones se manifiesta positivamente. Mira si estoy dominado por la infernal influencia, que creyendo no es ella terreno dispuesto para el mal, me inclino á seguir tu consejo satánico. Es que los obstáculos nos infunden temeridad, y los peligros nos ilusionan más que la confianza. No, no hay allí, como tú sostienes, una fácil victoria; pero contando con la resistencia, solicitado quizás por la resistencia misma, romperé pronto el fuego.

Somos muy pillos los descendientes del señor de Adán. Llevamos el mal en nuestra naturaleza, y la cultura nos ha dado una filosofía páfida y farisáica para cohonestarlo. La sociedad, con diarios y persuasivos ejemplos, nos incita á cursar esta filosofía, y si no lo crees, ahí tienes á mi padrino, el castizo Cisneros, que me repite á cada instante su famosa prescripción, resultado de un profundo saber sociológico: «Manolo, no seas burro. Haz el amor sin reparo alguno á las mujeres de todos tus amigos.»

El afecto del honrado y leal Orozco me da al-

gunos malos ratos todavía en esta campaña infernal, que aún no ha salido de la esfera nebulosa de mi intención. ¡Ah! en la voluntad mía, ya he ultrajado al hombre sin par, modelo de nobleza y rectitud. Pero, como te dije antes, el siglo fecundo en que vivimos nos da una filosofía muy cómoda para acudir al remedio de estos desastres de la conciencia. ¡Hay tantos casos semejantes! ¡Si fuera yo el primero que alterara la ley moral! ¡Si introdujera yo esta moda de los esposos de mérito, burlados y escarnecidos! No mil veces. Yo no he puesto la sociedad tal y como se halla hoy; yo no he reformado el Decálogo, rebajando los pecados gordos á la categoría de veniales; yo no he aceptado las enmiendas á la ley fundamental, que la convierten en papel mojado. Yo llego y me encuentro las cosas como las dejaron otros, y no he de hacer el reformador ni el protestante.

Me dices una cosa que me lanza más al disparadero. Dices que llame y me responderán. Llamaré, hijo mío, aun dudando mucho de que me respondan. Soy como aquél que sin saber palabra de la asignatura iba á examen, diciendo: «me expongo á que me aprueben.» Eso digo yo: «llamaré: me expongo á que me abran la puerta.» ¿Y si no me la abren?

Por ahora no te diré nada sobre el particular. Me reservo para cuando tenga que comunicarte el éxito ó el fiasco.

Y vamos á las informaciones que tantas veces me has pedido acerca del pobre Federico Viera. Me volvió á decir ayer que te había escrito, y ahora sí creo que lo ha hecho. No le tengas mala voluntad por su tardanza en contestar á tus car-

tas, la cual no significa que te olvide, sino que anda medio trastornado con las mil cosas que le rebullen en la cabeza. El problema de la vida es en él, por la pícara suerte y por los obstáculos permanentes de su carácter, de muy difícil solución. Yo creo que llegará á la vejez dando vueltas al tal problema sin resolverlo nunca. Conozco algunos así, y les tengo por los seres más dignos de lástima. Federico Viera es uno de los hombres de más entendimiento que creo existen en España. Quizás por tenerlo tan grande y algo incompleto, así como por la acentuación quijotesca de algunas prendas morales y por carecer de otras, ha de fracasar constantemente. ¡Qué lástima! Pocos hombres conozco aquí más simpáticos y de trato tan seductor. De mí sé decirte que le estimo de veras, y que trato de mejorar su adversa suerte. Pero me parece que no haremos carrera de él. Quéjase de la fatalidad, ¡el comodín de todos los que equivocan el camino de la vida! pero yo voy creyendo que en este caso la fatalidad existe, y que Federico no adelanta porque se lo estorba alguna fuerza interior incontrastable, y también circunstancias externas independientes de su voluntad.

Ha pasado de los treinta años, y se encuentra sin carrera, sin medios de fortuna, incapacitado para desempeñar un destino, pues carece de condiciones legales para obtenerlo, y no es cosa de que empiece por oficial quinto. Aborrece la política, sin considerar que es la única puerta practicable que ante él se abre. Sobre esto hemos tenido vivas disputas. «La política, le digo, será todo lo inmoral que quieras. Ella tendrá sus máculas

como todas las cosas; pero es un medio, y hay que aceptarlo como tal cuando no se tienen otros. Es una especie de proteccionismo, un sistema de beneficencia que el país ejerce para dar colocación á los que se han quedado sin casillero en el reparto de puestos sociales. Viene á ser como una sucursal de la Providencia; y si no existiera, los desastres que habrían de ocasionarse serían mucho mayores que los tan cacareados y evidentes daños que ahora se le atribuyen.» Al fin me pareció que le convencí; pero la dificultad está en meterle en la política. Si lo lográramos, figúrate cuánto brillaría. No conozco á nadie con más facultades oratorias. Sus contados ensayos periódicos revelan también aptitud extraordinaria para el caso. Posee como nadie ese golpe de vista rápido, esa preciosa facultad de ver el lado conveniente y oportuno de las cuestiones, abandonando los demás. Pues nada de esto le sirve mientras no tenga la afición, el prurito ambicioso que á otros, faltos de aptitud, les sobra.

Por mi parte, trato de empujarle, y he bebido los vientos estos días para conseguirle un acta en cualquier elección parcial; pero no me ha sido posible. A nuestro amigo le perjudica el nombre de su padre, que es la mayor de sus desdichas. Lo mismo es decir Viera, que surge la imagen de ese solemnísimos bribón, cuya triste fama permanece en Madrid, viviendo él fuera de España. Esta es la fatalidad de Federico, el sino perverso que le hará miserable y desgraciado toda su vida; pues aun cuando llegara á vencer los inconvenientes del deshonorado nombre que lleva, no se quitará nunca de encima la mala sombra que su

padre ha echado sobre él con la perversa educación que le dió. Este muchacho se ha malogrado, porque su padre no supo serlo nunca, ni tuvo autoridad sobre él para encarrilarle y hacerle hombre. La niñez y juventud de Federico coincidieron con la época en que Joaquín Viera gastaba lo suyo y lo ajeno, sin cuidarse para nada de su hijo. Crióse para aristócrata; adquirió necesidades, de esas con las cuales se identifica el sér, y que vienen á formar parte del sér mismo; se hizo al regalo, á la disipación, al lujo, á la generosidad, y á los vicios que cría la esplendidez y que no pueden separarse de ella. Aunque su despierta imaginación no desdeñó la lectura, jamás estudió nada formalmente, ni se aplicó á carrera alguna científica ni literaria. Vino el desastre, y el que se había criado caballero, encontróse peón. Era tarde para atajar las consecuencias de este abandono. Aún se forjaba ilusiones el pobre chico durante algún tiempo, aspirando á plantear no sé qué empresas industriales. Humo y tontería. Lo que han pasado él y su pobre hermana, no es para dicho brevemente.

Harto sabes tú que soporta su desgracia con estoicismo admirable, y que encubre su miseria con arte exquisito. Nadie que le vea y le trate sospechará las procesiones que andan por dentro. Viste bien y con esa fácil elegancia que es una cualidad antes que una costumbre. Frecuenta, por hábito y necesidad espiritual, lo que llamamos bárbaramente *el gran mundo*, y sabe distinguirse en él, siendo bien recibido en todas partes y muy echado de menos en sus ausencias.

Me parece que á la hora presente, á pesar de

que le has tratado bastante, no le conoces tan bien como yo. Contigo era siempre reservado; conmigo tiene espontaneidades que nadie le ha merecido todavía. De la amistad hemos llegado poco á poco á la familiaridad, y me cuenta algunos pormenores de su vida pasada, y aun de la presente, por demás interesantes. Recuerdo haberte oído decir que jamás entraste en su casa; yo sí, y conozco á su hermana. Sobre esto hay mucho que hablar: iremos despacio para no confundirnos.

Si he merecido de Viera confianzas y revelaciones inapreciables, todavía hay en su existencia repliegues que no he podido desdoblar. Es hombre que no se abre nunca por entero. Respeto sus secretillos, y no juzgo prudente ni delicado forzar el arca de discreción en que los guarda. No es misterio para nadie su afición al juego, ni que este vicio es en él el único arbitrio practicable para ir conllevando la vida... ¡vida sumamente azarosa, figúratel... Pero te advierto que no es posible andar con más dignidad en tratos tan ruines. Sus degradaciones no están á la vista de los que públicamente le tratamos. El se las arregla allá con su vicio y saca lo que puede, sin que se trasluzca nada en la vida ordinaria. Yo me he permitido hablarle de esto, incitándole á arreglarse de otro modo, y me responde con amarga tristeza que no puede ser, que está ya hecho á ese angustioso sistema, y que no halla manera de abandonarlo. He procurado sondear el abismo de su situación económica, llegando hasta proponerle un medio decoroso de regularizar su presupuesto; pero no quiere aceptarlo. Me

ha confesado que sus deudas son enormes, y que sólo con un *golpe de suerte*, con una de esas ventoleras favorables que en breves momentos amontonan un capital, podría ponerse á flote. Y no hay quien le quite de la cabeza esta idea fija y monomaniaca. Es tan delicado, que fuera de los antros más ó menos decentes, donde pulsa la fortuna, nada verás en él que signifique rebajamiento moral. Nadie, absolutamente nadie, entre nuestros muchos amigos, puede jactarse de que Viera le ha dado sablazo grande ni chico. Antes reventará que pedir. Yo no sé cómo se las compone, ni qué casta de garduña usurera le suministra lo que necesita cuando viene la mala. Te aseguro que me inspira compasión este hombre, y á veces me pongo á discurrir qué haría yo para favorecerle sin lastimarle. Debe de haber por ahí, en manos negras y rapaces, mucho papel suyo, que seguramente se ha de cotizar en baja constante; pero por más que le hurgo para que me informe de esto, no obtengo de él más que vaguedades y evasivas.

Es amigo de Cisneros, que le aprecia mucho, y á menudo le invita á comer para tenerle por oyente y admirador; amigo también de Orozco, que le protegería (me consta) si él se dejara proteger, y discurre, como yo, procedimientos delicados é indirectos de favorecerle. El padre de Federico fué, en sus tiempos de prosperidad, compinche del padre de Orozco, y ambos armaron, según dice la gente, aquella trampa de *La Humanitaria* que arrambló con los ahorros de una generación. Don José Orozco ya no existe; Joaquín Viera anda huído por el extranjero, ocupado

en oscuros negocios; y si alguna vez se descuelga por aquí, viene sable en mano contra los amigos de su hijo. Considera, alma cristiana, esta anomalía de las razas, y mira por dónde de padres perversos han nacido hijos tan apreciables, cada uno por su estilo. He de añadir que Orozco, sea por tradiciones de amistad, sea por otra causa que no se me alcanza, tiene para ese tuno de Viera, padre, increíbles deferencias; y no sólo se ha dejado herir más de una vez por el tremendo chafarote del gran petardista, sino que en cierta ocasión le libró de un bochornoso proceso. Federico se muestra muy agradecido á Orozco, y le tiene en tanta estimación como el más entusiasta, como tú, por ejemplo. Y en reciprocidad de estos sentimientos, Augusta y su marido le consideran y agasajan, aunque no pierden ripio (ella sobre todo) para censurar con benevolencia su incorrecta manera de vivir. Más de una vez me han dicho que arbitre un medio de mejorar la situación de Viera y su hermana, negociando diplomáticamente con él, sin herir su susceptibilidad vidriosa. Hemos discutido los medios sin encontrar solución práctica. Ambos han deplorado ingenuamente que un hombre de tan buen fondo, tan caballero, tan bien cortado para la vida digna y honrosa, se envilezca buscando un infame jornal en las *salas del crimen*. Yo también lo lamento, nos afligimos todos; pero no veo manera de evitarlo. Y basta por hoy. De *aquello*, buenas impresiones. Ya te las contaré otro día.

## XV

22 de Diciembre.

De aquello, buenas impresiones, chico; pero sólo impresiones, barruntos, corazonadas. Te advierto que ando muy distraído de mis deberes parlamentarios, y de seguro la patria ofendida ha de pedir cuenta estrecha de este abandono en que la tiene su papá. Se pasan días sin que yo ponga los pies en aquella casona tan ahogada y turbulenta, y lo mismo me da que nos llamen á votar que que no llamen. Tocan á Secciones, me mandan las candidaturas, y me importan tanto como las pulgas que le están picando en este momento al emperador de la China. Hágome la cuenta de que por un voto de menos ó de más no ha de torcerse el azaroso rumbo que lleva el barquichuelo de la política. Algunas tardes, porque no digan, asomo las narices por allá, me asombro de lo ocurrido durante mi ausencia, aseguro que *ya lo tenía yo todo muy previsto*, hago el papel de que me intereso vivamente en la cuestión del día y en las intrigas que hierven en los pasillos; y á la hora en que la atmósfera empieza á caldearse, doy un vistazo al salón, desde la *contrabarrera*; entérome en un abrir y cerrar de ojos del estado de la brega, para poder responder á las preguntas con que han de fusilarme por la

noche en casa de Orozco, y me escabullo lindamente. Un secretario intenta cortarme la retirada: «¡Eh, que habrá votación!» Y yo digo: «Vuelvo.» Trínco el gabán, y á la calle. Me voy al Retiro ó á la Castellana en amoroso seguimiento de mi ingrata Filis.

En el tumulto del paseo me parece oír el cencerro gordo de la Cámara llamando á votación, y la conciencia se me alborota un tantico por el abandono en que tengo mi mandato. ¡Qué le hemos de hacer! Los infinitos asuntos del distrito también aguardan tiempos mejores, y habías de ver las arrobas de cartas que tengo aquí, abiertas ya y medio leídas, pero no contestadas. Ni aun he podido formar la nota de chinchorrerías que en las últimas semanas me han encajado esos pedigüefios voraces. Ya se hará, y que el demonio cargue con ellos. A fe que no piden nada los angelitos. Si te tropiezas con esos brutos imperitinentes, y se lamentan de que no les escribo, diles lo que se te ocurra, verbigracia, que no escribo porque todo el tiempo ¡elaro! lo necesito para gestionar. Eso es lo que ellos quieren, que uno se quemé la figura y eche los hígados, de ministerio en ministerio, constituyéndose en servidor de sus ambiciones y en instrumento de sus ruines envidias. Les dirás que, según tus auténticas noticias, *vivo sin vivir en mí* por servirles y hacerles el gusto, que soy su esclavo, y que se vayan á la mismísima porra.

Con que quedamos en que hay buenas impresiones, y mutis. No me arrancarás una sílaba más, y si te empeñas en que cante antes de tiempo, te trataré como á mis electores.

Y sigo con Federico. Su casa, su vida íntima, su desconocida hermana, han despertado tu curiosidad, y voy á satisfacerla. Pocos penetraron hasta hoy en la caverna del león, y creo que Viera me ha dado la mayor prueba de amistad y confianza permitiéndome visitarle. Cinco veces he ido allá. Vive en lo más bajo de la calle de Lope de Vega, cerca de la de Fúcar, lugar escondido y excéntrico, á donde no se va sin precisión de ir. La casa es buena; el piso, segundo con entre-suelo. Llegas, tiras de la campanilla y ésta no se da por entendida; sigues tirando cada vez más fuerte, hasta que al fin oyes el eco perezoso de una esquila ó timbre que allá dentro repica de mala gana. Después sientes pasos, y el chirrido de la chapa de cobre del ventanillo te indica que te están mirando por los huecos. Una voz te pregunta: «¿quién es?» y respondes; te dicen *no está*; tú insistes, diciendo que el señor te espera, y das tu nombre. No vayas á creer que te abren en seguida. Hay una pausa. Oyes dentro cuchicheo de mujeres. Van y vienen como en consulta. Entre tanto, si te fijas en los claros del ventanillo, ves que entre ellos lucen unos ojos negros que te examinan. La consulta sigue allá dentro. Oyes pasos que se alejan, pasos que á la puerta se aproximan. Por fin suena el cerrojo, *trucu-trucu*, y la puerta se abre recelosa. Una joven mal vestida y peor peinada te dice: «pase usted.» La tomas por criada; pero después te enteras de que es Clotilde, la hermana de Federico.

Esta visita á la cueva de la fiera no puedes hacerla sino entre tres y cinco de la tarde, hora en que nuestro amigo se levanta, con raras excep-

ciones. Yo fuí un día á las dos, y le ví almorzando entre sábanas, teniendo delante una mesilla sin patas, apropiada á la extravagante operación de comer en el lecho. En éste y en la mesa de noche había dos ó tres volúmenes franceses, alguno con las hojas cortadas con el dedo. Servían el almuerzo la joven aquélla y una mujeraza desgarbada y grandullona que entraba y salía llevando un chico en brazos.

La alcoba es una hermosa habitación con chimenea, que verás encendida siempre que no hace mucho calor. En esta alcoba, como en el gabinete y salita que la preceden, se ven algunos muebles buenos, restos de la antigua morada de Joaquín Viera, y otros de los más ordinarios y vulgares. No falta limpieza; pero la falta de recursos brilla más que el aseo. Podrás figurarte el aspecto de una vivienda donde nada de lo que se estropea se compone, donde la reparación de los objetos no se ha conocido nunca. Clavo que se cae, ó pata que se rompe, ó esquinazo que se desmocha, ó astilla que se levanta, ó metal que se deslucce, ó porcelana que se desportilla, así se quedan *per sæcula sæculorum*. He dicho que hay algunos muebles buenos; pero cosa de valor en venta, llámese cuadro, jarrón, tapiz ó bronce, no la verás.

Clotilde Viera es bonita, si bien, guapeza por guapeza, su hermano le lleva gran ventaja. Bien vestida, luciría como tantas otras. Federico me la presentó con timidez, como avergonzado del aspecto de criada que le da su mala ropa. La chica es fina y discreta; pero está como sobreco-gida, y en su apocamiento adviértese al instante la conciencia de su degradación social. Teme po-

nerse en ridículo haciendo un papel que no correspondería al puesto obscuro que hoy ocupa en el mundo. Debe de andar tal cual de ropa la pobre cilla, porque la única vez que la he visto en la calle, iba con modestia excesiva, aunque se echa de ver que sabría ser elegante si pudiera. Recuerdo ahora que Augusta se ha sorprendido de que Federico no presente á su hermana en sociedad. Cuando se habla de esto á nuestro amigo, pone una cara que da compasión, y no le vale el disimulo para encubrir su amargura. El primer día que entré en su casa, la tristeza de su rostro me reveló que conocía el mal efecto que su hermana había hecho en mí; y para disipar esta mala impresión, hice vivos elogios de ella cuando no se hallaba presente. Pero mis hipéboles, en vez de atenuar la pena de Federico, parecían aumentarla, y mudé de conversación.

El día que le ví almorzar en la cama observé que se da buen porte. El infeliz no puede prescindir de ciertos regalos á que habituado está desde la niñez. Hizome algunas revelaciones acerca de las mujeres aquéllas. La que entraba y salía con el mocoso en brazos, lleva el peso del gobierno doméstico, se llama Claudia y está casada con el estanquero de la calle de Fúcar. Sirvió muchos años en la casa de los padres de Federico, y tiene tanta ley á los dos señoritos, que no ha querido abandonarles en la desgracia. Guisa muy bien, sabe manejar una casa, y si no se hubiera cargado de familia, no tendría precio para ama de llaves. Otra de las domésticas, hermana de la anterior, se llama Bárbara, y es mujer de un ambulante de correos. Cuando el marido está

ausente, ella se alberga en casa de Federico, y ayuda á su hermana en el trajín de la cocina y en el cuidado de los chiquillos. La tercera es prima de ambas, y ha venido del pueblo en busca de acomodo. Por las noches, según me contó Viera, se reúnen á comer allí el estanquero con toda su prole, el ambulante y dos ó tres personas más. Díjele que este sistema de beneficencia sería muy bonito como obra de misericordia, pero que no podía menos de irregularizar su presupuesto; y me contestó que no tenía corazón para expulsar á nadie que de él se amparase; que su casa, en los buenos tiempos de los Vieras, había sido una tienda-asilo; que el conservar esta tradición era uno de los pocos placeres de su vida, y, por fin, que su peculio no había de mejorar con la miserable economía de quitar la pitanza á aquellos infelices. «Me siento con fuerzas —añadió,— para cualquier acción desproporcionada y hasta heroica; pero no las tengo para cortar una rutina.»

Le ví lavarse y vestirse. En ello emplea bastante tiempo, y es cuidadoso de su persona hasta la prolijidad, costumbres de rico que también son incorregibles. Presenciando una de estas tardes la compleja operación, pensaba yo en su pobre hermana. Al menos él vive por las noches en el medio que le corresponde, frecuenta la sociedad, donde el cariño de los amigos compensa hasta cierto punto las tristezas de su vida íntima. La sociedad, por este medio, le da algo de lo que él se merece, á cambio de lo que la suerte y su perversa educación le han quitado; pero aquella pobre joven, ¿qué compensación tiene de su estado miserable? ¿No es un dolor que viva entre cria-



dos y gente ordinaria, envileciendo sus modales y degradando sus gustos? Me imaginaba yo á la infeliz niña conformándose con aquel género de vida grosera, sin deseos ya de otra mejor; me la figuraba en trato familiar con la estanquera y la mujer del ambulante, comiendo con ellas y con toda aquella turba de gorriones de baja estofa que invadía la casa. Y al pensar en esto, me acordaba de lo que he oído referir á Cisneros y á Orozco respecto á la madre de Federico. Era señora de ejemplar virtud, nacida en noble cuna, del linaje de los Trastamaras y los Gravelinas, muy digna, muy severa de costumbres, muy refinada en gustos y maneras. Su exquisita educación revestía de formas seductoras la rigidez de su inmenso orgullo. Padebió la mayor de las humillaciones con la inicua conducta y el envilecimiento de su marido, á quien amaba. Enfermó de pena y quizás de vergüenza. Adoraba á sus dos hijos, y cometió el error de no criarlos para la pobreza, que ni siquiera comprendía. Como te digo, pensé en la infeliz señora y en la cara que pondría si resucitara y viera á su hija en aquella facha, en aquel vivir indecoroso, miserable y soez. Pero no me atreví á decir nada de esto á Federico, y me lo guardé para cuando viniera más á cuento.

Vamos, ya estás satisfecho. Ahí tienes los informes que de tu amigo querías tener y que me has pedido tantas veces. Esta carta te causará tristeza; pero qué remedio... ¡La verdad rara vez tiene cara de pascua!

## XVI

26 de Diciembre.

¡Qué pesado estás con tu exigencia de que te cuente algo de mi campaña, y de cómo he puesto las paralelas para rendir plaza tan bien artillada y defendida! Como no me gusta darme tono con fingidas hazañas, te diré que he seguido la táctica vulgar, por no ocurrírseme otra; que mi amartelamiento ha pasado y pasa por los trámites corrientes de la galantería al alcance de todos los corazones, y que soy lo que para estos casos aconsejan las reglas acreditadas por el éxito: obsequioso con discreción, puntual en los encuentros, tierno en el mirar, intencionado en el decir, triste hasta la ictericia cuando el caso lo requiere, y bastante hábil para hacerme pasar en ciertas ocasiones por el sér más desventurado que existe debajo del sol.

Estos preliminares tienen que acabarse pronto, so pena de caer en la ridiculez. Veo venir una situación insostenible si no cambio pronto las armas del sentimentalismo por las del atrevimiento. Respecto á ella, ¿qué he de decirte? Ya conoces la tesis general de que á ninguna mujer, aunque sea la misma honradez y la castidad en persona, le desagrada que se chiflen por ella. Luego, en corresponder ó no consisten las diferencias, ó sea,

empleando una figura, las fronteras que separan el Cielo del Infierno. No me atrevo á jactarme de la victoria, ni á darme prematuramente por vencido. Hay días que me parece notar en la plaza un agrado excesivo por verse merecedora de tan empeñado cerco; otros creo lo contrario, y me malicio que se hace la indiferente con la pícara idea de dejarme aproximar á sus robustos muros y reventarme en una brusca y vigorosa salida. En fin, chico, permíteme que sea reservado y que no enseñe las cartas. Francamente, te voy cogiendo miedo. Y no me negarás que te asusta la degradación moral que suponen estos intentos míos. Es que se hace uno á todo, amigo Equis, y la conciencia, arrullada por los goces sociales, que se empalman lindamente para no darnos respiro, se va amodorrando y concluye por dormirse. Ya no más. Chitón.

Te hablaré, sí, de alguien que con esto se relaciona, del buen Orozco, porque ciertas especies que he oído acerca de él han repuesto mi ánimo y acallado mis escrúpulos. ¡Ah! la sociedad en que vivimos nos ofrece á cada instante materia narcótica en abundancia para cloroformizar la conciencia y poder operarla sin dolor. Te diré: estas noches he oído hablar de tu ídolo en términos muy distintos de esa opinión lisonjera que tú y yo tenemos de él. Parecía que tantas y tan diferentes lenguas se habían confabulado para quitar á ese hombre su crédito, la brillante aureola que es el principal obstáculo á mi campaña, algo como deidad tutelar que ampara la plaza más que la fortaleza de sus muros.

No sé si te he dicho que me corro por el Casino

algunas tardes y noches. Me divierto oyendo contar anécdotas á dos ó tres sabedores de vidas ajenas que allí tienen su cátedra, el más sabroso y entretenido círculo social que puedes imaginarte. Nunca había oído hablar de la familia con quien me ligan tantos vínculos. Hace dos noches, no sé cómo recayó la conversación en Orozco, y uno que se pinta solo para lo que llaman allí *sacar ánima*, dijo de nuestro amigo que es el mayor hipócrita que Dios ha echado al mundo. «Ya no engaña á nadie—añadió—con aquella capita de perfecciones que usa. Hijo de tal padre, del famoso fundador y liquidador de *La Humanitaria*, no podía salir bueno.» Otro emprendió la defensa de Orozco, asegurando que en el tratado de la honradez no era ni podía ser atacable; que lo dicho por el preopinante no tenía fundamento; pero... Estos peros son temibles, y al oírlo me eché á temblar.

Vino á decir aquel mal hablado que Orozco no tiene mérito alguno. «Niégalo de la hipocresía, y afirmo que es hombre de buena fe y de cortísimos alcances. A mí me han asegurado que todas las noches, después que se retira la tertulia, Tomás se encierra en su cuarto y se está un par de horas de rodillas, rezando y dándose golpes con unas disciplinas.» Carcajada general. Al instante salí al encuentro de esta tontería, negándola en redondo, sin que me constara su falsedad; pues ¿qué sé yo lo que hace Orozco en la intimidad de su casa, después que nos retiramos los amigos? Alguien se puso de mi parte, y se trabó una disputa muy viva, sin traspasar los límites de la urbanidad. Como en estos casos cada uno goza

en rodar la bola de nieve para que aumente, allí saltó uno diciendo que mientras Tomás se pone las espaldas en carne viva, su mujer llora de soledad y desconsuelo. Otro soltó la papa de que en el matrimonio hay grandes peloterías, porque él quiere que su mujer no abra sus salones á nadie, ni dé comidas, ni reciba, ni se vista con elegancia. Sobre este tema trazó el de más allá un cuadro terrorífico de celos y zaragatas domésticas. En fin, que de absurdo en absurdo, se llegó á la conclusión de que no se sabe nada, y que tales cosas se dicen simplemente por dar gusto á la sin hueso. ¿Qué sería de los casinos si no hubiese en ellos timba y murmuración? Los más locuaces reconocían que si algo extraño ocurre en la intimidad conyugal, no puede saberse, pues ninguno de los consortes ha de ir con el cuento. Yo lo negué todo en absoluto; hubo quien me dió la razón, y los señores pasaron á otro asunto: le sacaron á la de San Salomó todito el pellejo, como á San Bartolomé, y luego fueron picando aquí y allí, hasta que llegó la hora del desfile.

En rigor de verdad, no daba yo crédito á las tontunas que oí; pero te confieso que salí de allí mal impresionado y caviloso. Mas no era sólo pena lo que yo sentía, no. Te abro mi conciencia para mostrarte cuanto hay en ella. El ver rebajada y escarnecida la figura de Orozco, me daba cierto gusto perverso. Su reputación y respetabilidad me estorbaban, como al ladrón que se propone robar la custodia le estorba la Forma consagrada que en el centro de ella resplandece. Yo no iba contra la forma, sino contra el oro y las piedras. Me alegraba, pues, de que alguien me qui-

tara el miedo á la hostia, haciéndome creer que no era Dios ni cosa que lo valiera.

Pues aún hay más. Estas cosas no vienen nunca aisladas. Algunas noches, á última hora, me paso por la Peña de los Ingenieros, círculo modestísimo y muy agradable, instalado en un principal de la calle de Cedaceros. Allí tengo porción de amigos que también lo son tuyos: los muchachos de Minas, con quienes viví en Orbajosa, y otros de Caminos, gente toda de muy buen trato. Esta tertulia procede de un rincón del Suizo, donde hace años estuvo, y habiendo crecido considerablemente, hubo de acomodarse en local propio. Allí no hay lujo, ni timba, ni billares, ni más juego que el tresillo, periódicos y política, mucha política. Como es natural, de vez en cuando cae un asunto privado, sabroso y vivito, y ya puedes figurarte con qué gusto se ceban en él. Pues anoche, no bien desvanecido aún de mi mente lo que oí en el Casino, conversaba yo con dos ingenieros sobre el ferrocarril de Albarracín, y oí que en un corrillo próximo nombraron á Augusta. Puse atención, y anda, morena, lo que yo me temía... Estaba discutiendo si era honrada ó no era honrada. La mayoría, más por escepticismo que por otra razón, se inclinaba á la negativa. Acerqueme, echando mi parecer en medio del grupo, y recomendando la prudencia en los juicios acerca de mujeres. En esto, un señor de bastante edad, para mí muy respetable, se dejó decir que votaba resueltamente con los acusadores, y que para hacerlo así tenía pruebas. Incitado á exponerlas, escapóse por la tangente, y tergiversó la cuestión, hablando de las mujeres en tesis

general, de lo aficionadas que son á practicar sus devociones en las iglesias de dos puertas, con otras muchas cosas divertidas y gacetillescas que no te transmito por no alargar demasiado esta carta. Aquello, como comprenderás, me supo á demonios, y no tuve calma hasta que no hallé manera de echar un parrafito aparte con el sujeto maldiciente; el cual, sin pararse en pelillos ni hacer misterio de sus informaciones, me dijo lo que casi á la letra te copio:

«Pues sí, amigo mío: la he visto dos ó tres noches, á primera hora, allá por mis barrios, salir de una casa que no diré sea mala; pero que no es de las que personas de tal calidad frecuentan honradamente. Su porte reservado, su manera de andar y de mirar buscando un simón, diéronme en la nariz tufillo de crimen. Soy perro viejo, y he adquirido con mi larga experiencia un olfato sutilísimo para rastrear ciertas madrigueras. Nosotros los muchachos no nos asustamos de nada, amigo Infante, y bueno es que usted se acostumbre á mirar con serenidad los fenómenos sociales más corrientes, perdiendo la pueril costumbre del *no puede ser*. Borre usted de sus libros esas tres palabras que son las más tontas y baldías que usamos... es decir, yo no las uso nunca para nada de lo que es físicamente posible.» Contestéle que bien podrían ser inocentes las visitas de mi prima á la tal casa, y él me arguyó, sonriendo: «Hijo de mi alma, en aquella finca no hay ninguna modista, ni encajera, ni planchadora en fino. Y no es esto decir que viva allí gente mala. Conozco á los porteros, que son la pareja más callada del mundo... Pero le veo á us-

ted un tantico inquieto. No, no diré una palabra más que pueda lastimarle. Al contrario, torceré el curso que había dado á sus sospechas, diciéndole que quizás su prima haga esas visitas con fines de caridad. Pues mire usted: ahora caigo en que muy bien podrá ser así, y que yo me equivocara en el juicio que al principio formé... Algo inverosímil es que esas visitas de beneficencia se hagan en coche de plaza, teniéndolo propio; pero admitámoslo... ¿Por qué no hemos de admitirlo, resueltos como estamos á impedir que se manche infundadamente una reputación? Sobre todo, establezcamos la hipótesis del fin caritativo, y así descargaremos nuestra conciencia de la responsabilidad de un juicio temerario...» Las salvedades sarcásticas de aquel hombre me molestaban casi más que sus indicaciones acusadoras, y no insistí; pero sentía subir en mí la oleada de ira, y tuve miedo de ponerme en ridículo, saliendo á la defensa quijotesca de una mujer que no era mi esposa ni mi hermana. Contentéme con afirmar severamente que el móvil de aquellas visitas no podía ser malo, y el anciano, reconociéndolo así, me dijo cosas muy atinadas acerca de lo peligroso que es poner nuestra mano en el fuego por ningún hecho problemático; y lo hizo el muy pillo con tanta gracia, con tan paternal dulzura, y trasteándome tan gallardamente, que me desarmó, y concluí por notar en sus palabras un resplandor repentino que me permitía ver... Pero qué, ¿era acaso verdad?

Tan aturdido estaba al separarme de él, que no le pregunté qué barrios eran aquéllos, ni en qué calle había visto á mi prima. Me esfuerzo en

desvirtuar la revelación, pero no puedo conseguirlo. La importancia y gravedad del caso crecen más á mis ojos, cuando achicarlas quiero con recursos de esa lógica forense que sirve para defender pleitos, pero no para calmar las inquietudes y suspicacias de nuestro espíritu. No ceso de pensar en esto, Equisillo. ¿Qué opinas tú? ¿Eres de la escuela de mi padrino Cisneros, y dices: «como si lo viera, como si lo viera?» ¿Te parece que se lo debo preguntar á ella misma, rogándole que me saque de esta cruel duda? ¡Ah! eso no me lo negaría, si es verdad; y si no lo fuera, la ofendería gravemente. ¿Debo seguirle los pasos y acecharla, buscándole las vueltas? No, no me aconsejarás tú ese espionaje, indigno de un caballero... Consuélame, hombre; dime que todo ello es cavilación mía, malicia ó yerro del anciano delator. Dime eso, bruto, que estás ahí mirándome como la estatua de la razón fría... Pero en vez de consolarme, me preguntas si la amo ó la desprecio, si este descubrimiento apaga los hornos de mi pasión ó los enciende más. ¿Qué ordena la lógica? La lógica, esa gran tarasca, entrometida, farfanta, ordenará lo que quiera; pero ello es que en cuanto han surgido las dudas, y desde que he borrado á esa mujer de la lista de los ángeles terrestres... mira tú lo que son las cosas... pareceme que estoy más chiflado por ella.

## XVII

2 de Enero.

Arnica, venga árnica, querido Equis, porque descalabradura como ésta no la he recibido desde que tengo cráneo. Y gracias que, con la fuerza del golpe, no haya perdido el sentido y pueda contarte el terrible accidente, y describirte mi turbación, mi pena, mi despecho, mi rabia... Ya te veo muerto de risa, y diciendo que bien ganado me lo tengo por mi depravación, por mi inmoralidad, por mi... El demonio cargue contigo. Acepto la reprimenda. Somos, en efecto, unos bribonazos los hombres de este siglito, aunque, si examinamos la condenada historia, veremos que tan pillines como nosotros fueron nuestros padres y abuelos y tatarabuelos hasta el señor de Adán; y si es verdad lo del transformismo, añadiré que lo mismo que nosotros fueron el hombre-mono y la mujer-mona.

Para mujeres monas, ésta. ¡Y cuánto me ha hecho padecer la muy pícara, solapada, ingrata... Pero vamos por partes. ¿Te he contado que la noche de Navidad cenamos en casa de Orozco, Malibrán, Calderón, Villalonga, Viera, Cícero y yo?... Pues, mira, tampoco te lo cuento ahora, porque, si bien algunos detalles de aquella cena se enlazan con mi catástrofe, son largos de refe-